HOMILÍA DEL OBISPO DE VITORIA, MONS. JUAN CARLOS ELIZALDE

CON MOTIVO DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2025-2026 DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE VITORIA-GASTEIZ

San Cosme y San Damián fueron dos hermanos médicos cristianos, célebres por su habilidad en el ejercicio de su profesión y por su costumbre de prestar servicios desinteresadamente. Los dos hermanos fueron torturados, quemados vivos y, como sobrevivieron, fueron decapitados por orden de Diocleciano hacia el año 300 d. C. La devoción a los dos hermanos mártires fue una de las más extendidas a partir de la segunda mitad del siglo IV.

Le Eucaristía de Inicio de curso de nuestra Facultad de Teología la celebramos en el día de la fiesta de dos mártires. Nuestra Iglesia también es hoy martirial. No en vano está edificada sobre los apóstoles Pedro y Pablo.

Así lo decía el Papa León XIV en el día de su fiesta:

"La historia de estos dos apóstoles nos interpela de cerca también a nosotros, que somos la comunidad peregrina de los discípulos del Señor en nuestro tiempo. En particular, viendo sus testimonios, quisiera subrayar dos aspectos: la comunión eclesial y la vitalidad de la fe."

1.- La comunión eclesial.

"Pedro y Pablo fueron llamados a vivir un único destino, el del martirio, que los asoció definitivamente a Cristo. Pedro, en la cárcel, espera que se ejecute la sentencia (cf. Hch 12,1-11); Pablo, también él con cadenas, afirmando, en una especie de testamento, que su sangre está por ser

derramada y ofrecida a Dios (cf. 2 Tm 4,6-8.17-18). Tanto Pedro como Pablo, por tanto, dan su vida por la causa del Evangelio.

Sin embargo, esta comunión en la única confesión de la fe no es una conquista pacífica. Los dos apóstoles la alcanzan como una meta a la que llegan después de un largo camino, en el cual cada uno ha abrazado la fe y ha vivido el apostolado de manera diversa. Su fraternidad en el Espíritu no borra la diversidad de sus orígenes: Simón era un pescador de Galilea, Saulo en cambio un riguroso intelectual perteneciente al partido de los fariseos; el primero deja todo inmediatamente para seguir al Señor; el segundo persigue a los cristianos hasta que es transformado por Cristo Resucitado; Pedro predica sobre todo a los judíos; Pablo es impulsado a llevar la Buena Noticia a los gentiles.

Entre ambos, como sabemos, no faltaron conflictos respecto a la relación con los paganos, al punto que Pablo afirma: «Cuando Cefas llegó a Antioquía, yo le hice frente porque su conducta era reprensible» (Ga 2,11). Y de dicha cuestión, como sabemos, se ocupará el Concilio de Jerusalén, en el que los dos apóstoles seguirán debatiendo.

Queridos hermanos, la historia de Pedro y Pablo nos enseña que la comunión a la que el Señor nos llama es una armonía de voces y rostros, no anula la libertad de cada uno. Nuestros patronos han recorrido caminos diferentes, han tenido ideas diferentes, a veces se enfrentaron y discutieron con franqueza evangélica. Sin embargo, eso no les impidió vivir la concordia apostolorum, es decir, una viva comunión en el Espíritu, una fecunda sintonía en la diversidad.

Todo esto nos interroga sobre el camino de la comunión eclesial. Esta nace del impulso del Espíritu, une las diversidades y crea puentes de unidad en la variedad de los carismas, de los dones y de los ministerios. Es importante aprender a vivir la comunión de ese modo, como unidad en la diversidad, para que la variedad de los dones, articulada en la confesión de la única fe, contribuya al anuncio del Evangelio. Estamos llamados a seguir éste caminando por esta senda, mirando precisamente a Pedro y Pablo, porque todos necesitamos de esa fraternidad. Lo necesita la Iglesia, lo necesitan las relaciones entre los laicos y los presbíteros, entre los presbíteros y los obispos, entre los obispos y el Papa, así como lo necesitan la vida pastoral, el diálogo ecuménico y la relación de amistad que la Iglesia desea mantener con el mundo. Comprometámonos a hacer de nuestras diversidades un taller de unidad y comunión, de fraternidad y reconciliación para que cada uno en la Iglesia, con la propia historia personal, aprenda a caminar junto con los demás."

Hasta aquí el Papa. La Facultad de Vitoria, como la Diócesis, quiere vivir la concordia apostolorum que no es uniformidad, sino diversidad y creatividad fecunda desde la comunión del magisterio eclesial y la tradición. Aquí no situamos y desde aquí partimos en este curso académico. Pero no olvidemos que estamos celebrando la fiesta de dos mártires, Cosme y Damián y que la concordia apostolorum, Pedro y Pablo, conlleva el martirio, también en la Facultad de Teología y en la Diócesis.

2.- La vitalidad de la fe.

"Los santos Pedro y Pablo nos interpelan también sobre la vitalidad de nuestra fe. En la experiencia del discipulado, de hecho, siempre existe el riesgo de caer en la rutina, en el ritualismo, en esquemas pastorales que se repiten sin renovarse y sin captar los desafíos del presente. En la historia de los dos apóstoles, en cambio, nos inspira su voluntad de abrirse a los cambios, de dejarnos interrogar por los acontecimientos, los encuentros y las situaciones concretas de las comunidades, de buscar caminos nuevos para la evangelización partiendo de los problemas y las preguntas planteados por los hermanos y hermanas en la fe."

Me acordaba, al escuchar al Papa, de la pregunta que hace Georges Bernanos: "¿Sois capaces de rejuvenecer el mundo, sí o no? El Evangelio es siempre joven, sois vosotros los viejos". El sacerdote protagonista de "Diario de un cura rural" es sencillo, transparente, auténtico y un poco simple. Le dice el cura de Torcy: "¿Qué quiere que le diga hijo mío? Estas gentes no odian su simpleza, lo que hacen es defenderse de ella; es como un fuego que les quema. Usted se pasea por el mundo con su pobre y humilde sonrisa que pide perdón, y empuñando una antorcha que usted parece tomar como un cayado. Nueve veces de cada diez, se la arrancarían de las manos y le pondrían el pie encima."

Y yo digo, el pie encima, de la antorcha y del cuello… en algunas diócesis y entornos. Por eso el cristiano auténtico está llamado a ser mártir en Vitoria, en la Facultad de Teología y en cualquier sitio. Martirio blanco o de sangre, pero mártir, testigo. Si la fe que estamos viviendo es vital en nuestra tierra, hay martirio asegurado, buena señal. Desvitalizar la fe, reducirla a los valores que compartimos con otros creyentes y ciudadanos, en cambio, eso sí que no genera persecución y martirio. Si en algún sitio se tiene que palpar la vitalidad de la fe es en la Facultad de Teología nacida para comprenderla, investigarla, impulsarla, comunicarla y cuidar de sus raíces.

“Y en el centro del Evangelio que hemos escuchado está precisamente la pregunta que Jesús hace a sus discípulos, y que también nos dirige hoy a nosotros, para que podamos discernir si el camino de nuestra fe conserva dinamismo y vitalidad, si aún está encendida la llama de la relación con el Señor: «Y vosotros, […] ¿quién dicen que soy?» (Mt 16,15).

Cada día, en cada momento de la historia, siempre debemos prestar atención a esta pregunta. Si no queremos que nuestro ser cristiano se reduzca a una herencia del pasado, como tantas veces nos ha advertido el Papa Francisco, es importante salir del peligro de una fe cansada y estática, para preguntarnos: ¿quién es hoy para nosotros Jesucristo? ¿Qué lugar ocupa en nuestra vida y en la acción de la Iglesia? ¿Cómo podemos testimoniar esta esperanza en la vida cotidiana y anunciarla a aquellos con quienes nos encontramos?

El ejercicio del discernimiento, que nace de estos interrogantes, le permite a nuestra fe y a la Iglesia que se renueven continuamente y que experimenten nuevos caminos y nuevas prácticas para el anuncio del Evangelio. Esto, junto a la comunión, debe ser nuestro primer deseo.” Y el tercer deseo…

3.- La sabiduría teológica del corazón.

A la Pontificia Academia de Teología, el Papa León XIV les decía este 13 de septiembre: “La teología es una dimensión constitutiva de la acción misionera y evangelizadora de la Iglesia. Tiene sus raíces en el Evangelio y su finalidad última es la comunión con Dios, que es la finalidad del anuncio cristiano". Eso exige una teología "interpelada por los contextos culturales" y que debe unir por tanto "el rigor científico a la pasión por la Historia: una teología encarnada, empapada por los dolores, alegrías, expectativas y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo".

La síntesis de esos aspectos puede encontrarse en una "teología sapiencial" como la elaborada "por los grandes Padres y maestros de la antigüedad que, dóciles al Espíritu Santo, supieron conjugar fe y razón, reflexión, oración y praxis".

Los grandes teólogos, desde los santos padres, responden con la Sagrada Escritura a los grandes deseos del corazón, a la sed de felicidad y a la nostalgia de eternidad. Así se confesaba Unamuno: “No digo que merezcamos un más allá ni que la lógica nos lo demuestre; digo que lo necesitamos, lo merezcamos o no, y basta. Digo que lo que pasa no me

satisface, que tengo sed de eternidad, y que sin ella todo me es indiferente. La necesito. Sin ella ya no hay alegría de vivir y la alegría de vivir no tiene nada que decirme. Es demasiado fácil afirmar: hay que vivir, es necesario contestarse con la vida. Y ¿los que no se contentan?"

León XIV puso, a la Pontificia Academia de Teología, tres ejemplos de inconformismo teológico que gracias a Dios están presentes en esta Facultad:

• San Agustín (siglos IV-V), "cuya teología nunca es una búsqueda puramente abstracta, sino siempre fruto de la experiencia de Dios y de la relación vital con Él".

• Santo Tomás de Aquino (siglo XIII), que hizo el mismo recorrido "con los instrumentos de la razón aristotélica, construyendo un sólido puente entre la fe cristiana y la ciencia de todos" y

• Antonio Rosmini (siglo XIX), quien, en palabras del Papa Francisco, "consideraba la teología una expresión sublime de caridad intelectual y pedía que la razón crítica de todos los saberes se orientase a la idea de Sabiduría".

Según estos principios, la teología es una sabiduría abierta "al diálogo con las ciencias, la filosofía, el arte y toda la experiencia humana", y el teólogo alguien que "vive el ansia misionera de comunicar a todos el 'saber' y el 'sabor' de la fe para que pueda iluminar la existencia, rescatar a los débiles y los excluidos, tocar y curar la carne dolorida de los pobres, ayudarnos a construir un mundo fraterno y solidario y conducirnos al encuentro con Dios".

Benedicto XVI invitaba a reconocer el corazón de Cristo como presencia íntima y cotidiana en la vida de cada uno: "Toda persona necesita tener un "centro" de su vida, un manantial de verdad y de bondad del cual tomar para afrontar las diversas situaciones y la fatiga de la vida diaria. Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no solo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo" (Dilexit Nos 81).

La Facultad de Teología de Vitoria no puede defraudar los deseos del corazón humano. Debe estar en el meollo del diálogo cultural de la Iglesia con la sociedad, aún a precio de martirio, también en occidente.

Nuestros jóvenes se suicidan por falta de sentido, pero ofrecer el sentido de la fe en nuestra tierra es también persecución y martirio.

Concluyo, como el Papa León XIV, invitando a todos a "cultivar una teología fundada sobre el encuentro personal y transformante con Cristo y orientada a encarnarse en las vicisitudes concretas de la humanidad actual".

Que así sea,

+Juan Carlos Elizalde
Obispo de Vitoria

En la Capilla de Cristo Rey, Seminario de Vitoria,
a 26 de septiembre de 2025, fiesta de San Cosme y San Damián